

LA MEXICANISTA GEORGETTE SOUSTELLE

ASCENSIÓN H. DE LEÓN-PORTILLA

“Yo he tenido muchas vidas”, me decía Georgette Soustelle a principios de 1991, poco antes de dejar París para instalarse en Chartres. Hacía unos meses que su esposo Jacques había muerto y ella se disponía a dejar la ciudad en que ambos habían pasado la mayor parte de su vida. Una vida fecunda dedicada al estudio de la historia de México, a la vez que participaban, especialmente Jacques, en acontecimientos importantes del presente que le tocó vivir.

En aquel tiempo, es decir, en vísperas de su traslado a Chartres, Georgette se había despojado de muchas ataduras con su pasado —su casa de la Avenida Henri Martin, buena parte de sus libros, y, en cierta manera, de sus amigos. Daba paso a una etapa que ella definía como “replegada en mí misma”. “Ya no quedamos más que Levy Strauss y yo de los que trabajamos por muchos años en el Museo del Trocadero”.

Aunque con ochenta años a cuestas su memoria es privilegiada y gusta compartir sus recuerdos. Quizás por ello escogió para retirarse una ciudad tranquila; allí tendría muchas horas para gozar repensando su vida llena de momentos muy significativos como etnóloga y como francesa preocupada siempre del acontecer de su país.

Antes de partir definitivamente para Chartres, quien esto escribe —admiradora de Georgette desde el día que la conocí— consideré importante tomar unos apuntes de su memoria. Charlamos varias veces en su casa y como homenaje a ella y a Jacques ofrezco ahora a la comunidad mexicanista estos breves recuerdos de sus “muchas vidas”.

Su vida en el Museo de Etnografía del Trocadero

En 1931, al terminar su carrera, Georgette se casó con Jacques Soustelle, joven recién egresado de la Escuela Normal Superior, famoso ya como alumno brillante. Este hecho marcó su vida: a partir de aquel momento la joven francesa que había pasado parte de su niñez en Ar-

gelia volcada hacia la cultura árabe, enfocó su mirada hacia un mundo lejano, América, con el que se ligó para siempre.

Recuerda Georgette que entonces Jacques aún no había descubierto su verdadera vocación. Al terminar la carrera, fungió como auxiliar en la cátedra de Filosofía. Deseando hacer su tesis doctoral en relación con las ciencias sociales, entró en contacto, al igual que Georgette, con Paul Rivet, secretario general del Instituto de Etnología de la Universidad de París, quien había creado una especialidad de etnología. Este se interesaba en las culturas indígenas del Nuevo Mundo. De esta manera el comienzo de la vida matrimonial era también el principio de una tarea compartida para siempre, la del estudio de la civilización mesoamericana, a la cual dedicaron los dos gran parte de sus vidas.

Desde 1930, cuenta Georgette, Rivet tenía en mente reestructurar el Museo de Etnología del Trocadero, del que había sido nombrado director en 1928. Casualmente este nombramiento coincidió con otro, en cierta forma complementario, el de profesor titular de la cátedra de antropología del Museo de Historia Natural. Rivet logró trasladar esta cátedra al Museo del Trocadero rico ya en colecciones verdaderamente únicas. Ante esta realidad, Rivet pensó en la necesidad de crear un nuevo museo en donde se pudieran exhibir atractivamente para que, a través de ellas, especialistas y aficionados pudieran valorar y admirar los logros culturales de muchos pueblos del mundo. Los esposos Soustelle fueron pronto colaboradores principales en esta tarea, al mismo tiempo que empezaron a elaborar su tesis de doctorado bajo la dirección naturalmente de Paul Rivet. Pero un hecho inesperado, como veremos, les puso de repente en el escenario de las culturas que ellos empezaban a conocer desde una perspectiva teórica.

Diez años entre México y París

Al poco tiempo de trabajar en el Museo, en 1931, Rivet les consiguió una beca en México para comenzar sus estudios de campo. En 1932 ambos partían para su nuevo destino, en el cual tomarían contacto con las culturas que habían admirado desde lejos. Ahora podrían conocerlas en su propio contexto, entenderlas profundamente y desde luego penetrar en las lenguas de sus hablantes. El interés americanista de los Soustelle, que su maestro Rivet les había sabido contagiar, pasaba a ser ya vocación firme y duradera.

Dos años duró este primer viaje que sin duda significó para ellos una toma de contacto con la diversidad cultural de México. Pero de nuevo en París y antes de lo que cerían, en 1935, la fortuna les deparó volver a México durante otros dos años. Este segundo viaje fue ya hon-

da penetración. Se adentraron en la Sierra Gorda y en la Lacandonia. "Viaje maravilloso y no exento de riesgos", recuerda Georgette. Y por último, en 1940 volvieron al trabajo de campo. Para Georgette este fue el viaje definitivo. En él actuó con independencia de Jacques y se desenvolvió como una destacada etnóloga.

En resumen, casi una década en la que ambos consolidaron su carrera de mexicanistas y adquirieron una suma de conocimientos que les permitió elaborar obras hoy clásicas en el área de la historia y la etnología. Veamos un poco más de cerca lo que sucedió en estos tres viajes.

Recuerda Georgette su primera ida a México destacando lo que para ellos significó llegar a la tierra donde vivían los indígenas que ya conocían a través de libros y de las colecciones del Museo: "para dos jóvenes como nosotros, el poder hacer etnología de campo en aquel tiempo, era un privilegio. Estábamos también ansiosos por llegar al país pionero de las revoluciones de nuestro siglo". No les faltaba razón porque en 1931 México vivía un periodo postrevolucionario en el que se sentían profundos cambios. Prueba de ello es el interés que había despertado entre universitarios y políticos progresistas de no pocos países del mundo. Por varias razones, esta primera visita a México estaba llena de la ilusión que alberga el que sabe que va a descubrir algo que será fundamental en su vida.

Pronto la ilusión comenzó a hacerse realidad. Porque inmediatamente fueron muy bien acogidos por los antropólogos más connotados del país, en especial por Manuel Gamio, Alfonso Caso y Pablo Martínez del Río. La suerte los acompañó en su primer acercamiento con la realidad indígena en la región otomí-mazahua, concretamente en la zona aledaña a Ixtlahuaca, en el Estado de México. Allí encontraron amistad y un buen informante, lo que facilitó mucho su tarea principal, enfocada hacia la etnología y la lingüística. Durante el primer año hicieron etnología intensiva, trabajo que completaron el año siguiente con estudios de etnología extensiva, es decir, localizando hablantes de las lenguas otomangués en diversos estados de la República. Fruto de estos años de trabajo fueron dos conocidos libros de Jacques: *Mexique, terre indienne*, publicado en 1935 y *La famille Otomi-Pame du Mexique Central*, que fue su tesis doctoral, editada por la Société des Américanistes en 1937. Georgette, por su parte, elaboró un mapa lingüístico de la familia otomí que hoy día sigue siendo de obligada consulta, a tal grado que ha sido incluido en el *Handbook of Middle American Indians*.¹

¹ Vid. Leonardo Manrique Castañeda "The Otomi", en *Handbook of Middle American Indians*, v. 8, part two, *Ethnology*, Evon Z. Vogt, Volume editor, p. 684.

Esta primera investigación entre mazahuas y otomíes tuvo importantes consecuencias, no sólo para los Soustelle sino también para la comunidad académica. Para ellos abrió el camino del conocimiento de varias culturas y lenguas ya que los pueblos otomianos viven dispersos y casi siempre en contacto con hablantes de otros idiomas. Para la comunidad académica, el estudio de estos pueblos era también de gran interés porque a diferencia de nahuas, mayas, tarascos o zapotecos, los otomíes habían acaparado una menor atención por parte de los antropólogos. En resumen, el trabajo de los Soustelle aportaba nueva luz en el acercamiento a un México escondido, menos conocido y estudiado.

De vuelta a París no pasó mucho tiempo sin que volvieran a surcar el Atlántico. Como ya lo recordé, en 1935 se presentó de nuevo la oportunidad y esta vez los Soustelle proyectaron adentrarse en un México verdaderamente profundo, concretamente en la Sierra Gorda y la Lacandonia. Podemos imaginar cómo serían estas dos regiones en aquel entonces si tenemos en cuenta que aún hoy el adentrarse en ellas no deja de ser difícil, aunque es también una aventura fascinante.

La visita a la Sierra Gorda, cuenta Georgette, “la tuvimos que hacer en mulas y a veces a pie. Coincidió además con la campaña de Lázaro Cárdenas y pocas veces dispusimos de un vehículo. Pero el resultado compensó los esfuerzos ya que adquirimos experiencias que nos mostraron intensamente el alma de una región agreste, intrincada, poco transitada”.

Respecto de la Lacandonia, el relato de Georgette nos hace pensar en una aventura como salida de las páginas de la historia del siglo XIX. Dejemos que ella lo cuente:

Contratamos un guía y un piloto alemán, Franz Bühler, que había estado en la guerra de 1914. Aterrizamos en el rancho de un español muy gentil, Enrique Bulnes y desde allí penetramos en la selva con mulas y muchas latas de conserva. Éramos de los primeros antropólogos que visitaban las comunidades lacandonas.² En aquellos años transitaban pocos madereros y caucheros pues desde la guerra había disminuido la demanda de estos productos en Europa. Muchos caminos se habían borrado; la selva se había cerrado. De manera que encontramos comu-

² Otro francés se había adentrado en la Lacandonia en el siglo pasado, el arqueólogo Désiré Charnay. Él fue el “primer explorador que encontró y fotografió a los lacandones”. Así lo afirma Jacques Soustelle en su artículo “Los aportes de la antropología francesa”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, v. 5, p. 278. También a principios de nuestro siglo el estadounidense Alfred M. Tozzer investigó acerca de este pueblo. *Vid.* su libro *A comparative study of the Mayas and the Lacandones*, New York, 1907, xxix + 195 p.

nidades que no habían sido visitadas y en algunos casos los guías tenían miedo ya que existían muchas rivalidades entre los propios lacandones. Pero el viaje fue maravilloso y nunca olvidaré los paisajes, ríos, lagos, cavernas, campamentos abandonados, ruinas. Para que no faltara nada en esta extraordinaria aventura llegamos a tener escasa la comida, aunque no carecimos de camotes. En fin, un viaje para recordar siempre.

Resultado de esta "extraordinaria aventura" fue una *Memoria* sobre la Lacandonia en la que Jacques hizo la parte cultural y Georgette la religiosa.³

Después de estos dos años en México, los Soustelle retomaron su trabajo de siempre en el Museo del Trocadero. Se estaba construyendo el nuevo edificio y había que guardar todo en cajas para pronto desempacar otra vez y organizar las colecciones. Georgette y Henri Lehman fueron los encargados de preparar lo relativo a América. Un trabajo que ella recuerda como agotador: colocar los objetos en las vitrinas, redactar las cédulas. En agosto de 1938 se inauguró el nuevo edificio con el nombre que actualmente ostenta: Museo del Hombre. Junto a Paul Rivet, director, estaba Jacques como subdirector.

Sin embargo poco tiempo iban a estar los Soustelle en el nuevo Museo. Esta vez fueron los acontecimientos políticos los que determinaron un giro en sus vidas. Veamos cómo fue.

Del pasado de México al futuro de Europa

En 1940 tanto los Soustelle como su maestro Rivet tuvieron que salir de Francia. Rivet marchó a Colombia donde desempeñó una importante tarea en el campo de la antropología. Georgette consiguió una beca para México gracias a su maestro y a Alfonso Caso, sus "patrones científicos". En momentos tan cruciales, Jacques se sintió atraído por una apremiante necesidad, la de ayudar a la liberación de Francia. Primero colaboró en la Embajada de Francia en México haciendo espionaje. Después se alistó en el ejército de Canadá, y, cuando oyó hablar de un general que resistía en Londres, marchó a aquella ciudad. Desde entonces, su vida quedó ligada a la de Charles de Gaulle, quien le encomendó varios servicios en México y Colombia con objeto de hacer propaganda y atraer a la opinión pública en pro de Francia. Fi-

³ Georgette Soustelle publicó en 1959 el artículo "Observations sur la religion des lacandons du Mexique meridional", en el *Journal de la Société des Americanistes de Paris*, t. XLIII, p. 141-196.

Por su parte Jacques, había publicado en 1939 el libro *La culture matérielle des Indiens Lacandons*, Paris, Société des Américanistes de Paris.

nalmente De Gaulle le encargó el departamento de información en el Gobierno francés creado en el exilio, en Londres.

Mientras Georgette se instalaba en Tequila, un pueblecito de hablantes de náhuatl de la Sierra de Zongolica, en Veracruz. Allí llegó un día de 1940 en compañía de su marido, quien la encargó a las autoridades del pueblo para que la acogieran y cuidaran. Durante dos años trabajó intensamente, "confirmé que es bueno estar sola para trabajar". Tuvo tiempo para penetrar en una cultura y una lengua nuevas para ella y aprendió a vivir como cualquier mujer de la Sierra de Zongolica; supo también enriquecer su mundo con la captación del pensamiento y la sensibilidad de los hombres y mujeres que la acogieron. Por ello pronto estableció lazos firmes con sus anfitriones, en especial con la familia de doña Lolita y hasta formó parte de una cofradía. "Ellos me abrieron su mundo; yo les abrí el mío", recuerda con nostalgia, "de tal manera que la francesita era invitada para todo".

Dos años inolvidables en un mundo apacible en el que el hombre es dueño del tiempo y en el que Georgette trabajó mucho reuniendo información para redactar su tesis doctoral. La etapa de Tequila era la culminación de toda una década de estudios mexicanistas que había comenzado en 1932 cuando Jacques y ella llegaron a México dispuestos a conocer pueblos y lenguas descendientes de una de las altas culturas de la Humanidad.

Pero los acontecimientos mundiales que cambiaron el destino de su esposo, a la postre cambiaron el de ella. Porque Georgette, que siempre estuvo junto a Jacques, decidió dejar Tequila en 1942 y se instaló en Londres. Una nueva misión la esperaba: la de leer periódicos franceses distribuidos desde Portugal para recoger las pequeñas noticias de provincias con objeto de observar cómo se desarrollaba la vida cotidiana en Francia. Entresacaba las noticias de alrededor de ochenta periódicos y con los datos obtenidos editaba un *Boletín* de dos páginas. "Era un trabajo que me gustó mucho, y significaba para mí que me tenían gran confianza. Esto también lo hice en Argelia cuando en 1943 Jacques fue nombrado jefe de la resistencia en aquel país. Este año tuve la satisfacción de ser nombrada miembro del gabinete de De Gaulle."

Los años de la guerra fueron un paréntesis en la vida académica de Georgette. Un paréntesis provechoso ya que durante ese tiempo adquirió conocimientos y experiencias nuevas. Además se adentró en la vida política de la que, en cierta manera, nunca se apartó. Porque aunque en 1946 volvió a sus tareas académicas, siempre estuvo al lado de su marido a lo largo de su no fácil carrera política. Con él compartió los buenos tiempos en los que Jacques fue diputado, ministro de Informa-

ción, ministro de las colonias y en 1955 Gobernador General de Argelia. También compartió con él los sinsabores del exilio en España e Italia entre 1961 y 1968. Tiempos buenos y tiempos difíciles pero siempre fructíferos para la investigación.

La madurez de una mexicanista

Volvamos la vista atrás, a 1945. Pocos meses después de ser liberado París, Georgette reanudó su trabajo como jefe del Departamento de América en el Museo del Hombre y realizó un rápido viaje a México para recoger sus papeles. Tarea primordial era la redacción de su tesis que, como veremos, fue publicada en 1958. Fue entonces también cuando se ligó al Centre National de la Recherche Scientifique y a la Universidad de París. En París V comenzó un Seminario de Etnología Americana, de México y Centroamérica, y descubrió una nueva dimensión en su vida académica, la docencia. En l'Ecole des Hautes Etudes también impartió clases. La nueva tarea docente le facilitó conocer a jóvenes que pronto fueron destacados americanistas. "Con ellos pasé horas muy agradables y compartí intereses académicos que enriquecieron mi vida."

Estas nuevas labores no le impidieron desempeñar su trabajo de siempre en el Trocadero. "Precisamente allí, en el Museo del Hombre donde yo empecé mi vida académica, en 1976 tuve el privilegio de fungir como comisaria de la Exposición de homenaje a Paul Rivet en el centenario de su nacimiento." En la publicación que con este motivo redactó, pudo ella evocar lo que Rivet significó en su vida. Con el título de *Paul Rivet, fondateur du Musée de L'Homme*, Georgette nos ha dejado una profunda y emotiva biografía del hombre que despertó la vocación de los Soustelle.⁴

Aun después de jubilada, Georgette ha seguido presente en la vida académica, compartiendo siempre los intereses de Jacques, de sus discípulos y amigos. A sus ochenta años largos recuerda la etapa comprendida entre 1945 y su jubilación, etapa de madurez en la que enseñó y publicó un buen número de trabajos. De todos ellos es su tesis el que le ha dado más fama, el que está en las bibliotecas de antropología y el que vale la pena describir aquí.

Tequila: un village nahuatl du Mexique oriental

Cuando Georgette, en 1939, decidió escribir su tesis doctoral sobre la vida y la historia de Tequila, hizo una excelente elección. En aquel

⁴ El título completo es *Paul Rivet, fondateur du Musée de l'Homme, 1876-1958*, París, Imprimerie Nationale, 1976, 40 p.

tiempo la escarpada serranía de Zongolica, escondida en el corazón de la Sierra Madre Oriental, era una región muy aislada, mucho más que en la actualidad. Razón por la cual en la comunidad de Tequila la lengua y la cultura nahuas habían pervivido con gran pureza. Además, a diferencia de otros focos importantes de habla mexicana como Tepoztlán o Milpa Alta, muy visitados por antropólogos desde el principio de nuestra centuria, Zongolica era "campo virgen". El resultado de la elección ahí está; una monografía que supone una valiosa aportación no sólo para los interesados en el conocimiento de las comunidades nahuas sino también para aquellos que se sienten atraídos por los estudios comparativos entre diferentes pueblos de lenguas y culturas mesoamericanas. Vale la pena recordar aquí su título completo: *Tequila: un village náhuatl du Mexique oriental*. Fue publicada años después, en 1958, por el Instituto d'Ethnologie de la Université de Paris y el Musée de L'Homme. Consta de 266 p. más xiv láminas en blanco y negro.

La tesis es ante todo un estudio integral. Por una parte, la autora supo plasmar en ella una perspectiva diacrónica; por la otra, tuvo en cuenta muchos factores de índole etnográfica que dieron como resultado una honda penetración en el mundo difícil del pensamiento y el estilo de vida de los nahuas de aquella región.

Respecto de la perspectiva diacrónica hay que destacar la forma en que Georgette logra conectar el presente con el pasado. Nada es casualidad, todo está meditado y ubicado en el transcurrir histórico, en la realidad prehispánica, y los siglos que siguieron a la conquista. A menudo, con gran flexibilidad toma los rasgos culturales que descubre y los lleva a través de los siglos para confrontarlos con los que nos han dejado los cronistas en sus obras. Entre otros desfilan en sus páginas los textos de fray Bernardino de Sahagún, fray Juan de Torquemada, Hernando Ruiz de Alarcón, Jacinto de la Serna y Pedro Ponce de León. Pero también, como mujer de su tiempo, aprovecha con acierto las interpretaciones de los antropólogos de nuestro siglo, Robert Redfield, Leonhard Schultze Jena, Robert Ricard, Manuel Gamio. Tal manejo de tiempos históricos y de opiniones diversas confiere a su trabajo un lugar dentro de la mejor tradición clásica de los estudios americanistas modernos.

Respecto del contenido, la tesis ofrece un caudal de datos y de reflexiones en torno a ellos. A lo largo de diez capítulos desmenuza ella los elementos que conforman la cultura de Zongolica: el entorno natural, las creencias y los ritos, la organización social, el ritmo de vida, la lengua. Conocedora del náhuatl, pudo ella adentrarse en poco tiempo en la vida de los tequileños y aprender mucho acerca de temas como el

nacimiento y el matrimonio, la enfermedad y la muerte, los lazos políticos y sociales, la administración y el gobierno, la educación y las profesiones, las fiestas y las diversiones.

De especial interés es el capítulo final titulado "El estilo de vida". En él encontramos un estudio penetrante del sentido de lo indígena y lo mestizo a través del tiempo. Para ello Georgette se concentra en el análisis de la vida colectiva y de los sentimientos. A través de estas dos manifestaciones vitales de los nahuas de Tequila, capta el sentido de las relaciones sociales y de los mecanismos que propician el buen funcionamiento y conservación de las tradiciones compartidas por todos los miembros de la comunidad. Y dentro de la vida colectiva cuyo valor resalta ella como excepcional, se fija en los sentimientos que constituyen la intimidad y que se manifiestan en determinados momentos: cortesía, reciprocidad, prestigio, humildad, llanto, risa. Sentimientos que encauzan la vida comunitaria en la que el acercamiento entre los hombres es absolutamente necesario y en la que casi no cabe usar la negación, el concepto de *ahmo*, no.

No es fácil encontrar en las monografías de índole etnológica un análisis tal de los sentimientos, de estos matices culturales sutiles, difíciles de atrapar y de explicar. Ello requiere un espíritu observador, capaz de percibir y penetrar en los rincones del alma y de esta manera develar trazos muy finos que ayudan a perfilar con precisión las culturas. Mérito grande de Georgette es haberlo logrado en las páginas de su tesis.

Para terminar señalaré que el uso de la lengua náhuatl a lo largo del libro logra crear una atmósfera de acercamiento a la cultura estudiada. Porque en todos los temas el náhuatl está presente en multitud de vocablos y de textos. Al traducir éstos al francés, Georgette ofrece explicaciones sobre la etimología de las palabras, lo cual enriquece la comprensión de muchos conceptos. En verdad, la perspectiva lingüística confiere al texto un valor semántico.

La obra de Georgette en la tradición mexicanista francesa

De todos es conocido el interés que los investigadores y viajeros franceses han manifestado por el estudio del México antiguo y de los grupos indígenas que conservan muchos rasgos culturales de las civilizaciones que florecieron en Mesoamérica.

Este interés se hizo palpable a comienzos del siglo XIX cuando los estudiosos de varios países europeos y americanos se volcaron en el estudio de las viejas culturas de la Humanidad. Los brillantes hallazgos

arqueológicos que desde fines del siglo XVIII acaparaban la atención de la comunidad académica fueron un motivo fundamental para el nacimiento de una nueva disciplina: el americanismo. Investigadores y espíritus curiosos se fueron adentrando en el estudio de la arqueología, la etnología, lingüística y otras disciplinas afines que hoy se conocen con el nombre genérico de antropología.

La independencia de los países americanos facilitó la llegada a estas tierras de los americanistas extranjeros. Concretamente a México vinieron muchos de estos hombres de los que venimos hablando, de los cuales varios eran franceses. Poco a poco se fue formando una escuela mexicanista francesa en la que estudiosos de muchas disciplinas han hecho aportaciones muy significativas en el campo de la antropología y de la historia. Sin tratar de dar la lista completa⁵ podríamos recordar algunos nombres que, como si se tratara de una cadena, forman una secuencia desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días: Joseph Marius Alexis Aubin, filólogo y estudioso de los códices; Rémi Siméon, filólogo y lingüista; Charles Étienne Brasseur de Bourbourg, viajero insaciable, descubridor de documentos y filólogo; Eugène Boban, bibliógrafo; Hyacinthe de Charencey, Lucien Adam y Raoul de la Grasserie, lingüistas; Ernest Hamy y Eduard de Jonghe, etnohistoriadores; Désiré Charnay, arqueólogo; León Diguét, etnólogo y Paul Rivet, quien se interesó por la historia de las ciudades mayas.

Paul Rivet, como ya hemos visto, contagió el gusto por el americanismo a Jacques y Georgette. De manera que ellos hicieron de eslabón entre los viejos americanistas y las nuevas generaciones que se formaron después de la segunda guerra mundial. También se puede perfilar una generación hija, en la cual están los nombres de Paul Gendrop, Jacqueline de Durand Forest, Georges Baudot, Christian Duverger y Joaquín Galarza. De la generación nieta, es decir de los americanistas jóvenes que ya están dando sus frutos sería riesgoso tratar de dar sus nombres, pues son tantos que fácilmente se omitirían algunos.

En este conexto, la labor de Georgette se centra en el campo de la etnología y la etnohistoria. Ella fue la primera mujer francesa que se adentra en una comunidad indígena; que se aísla por dos años para aprender la lengua y adentrarse en el espíritu de la gente; que se dedica intensamente a conocer el mundo que la rodea y que nos deja una apor-

⁵ Una descripción más detallada de la escuela mexicanista francesa puede encontrarse en Georges Soustelle, *op. cit.*, y en Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli. Impresos nahuas. Historia y bibliografía*, México, UNAM, 1988, v. 1, p. 137-142 y 222-225.

tación relevante dentro de la mejor tradición antropológica moderna. Esposa y compañera de Jacques, supo cumplir una misión tradicional y moderna a la vez, estar siempre junto a su marido y tener una vida propia. Viajera del mundo y espectadora de nuestro siglo, aquí nos recuerda su vida y rinde así, una vez más, homenaje a su esposo.

